

**Izrael Trujillo\***

**D**e niño  
espiaba a través  
de la cerradura  
en el cuarto de mis padres,  
el amor era sombras  
y quejidos.  
Durante el día,  
el nombre de mi madre  
era un ave recién nacida  
en labios de mi padre  
—del caos y las tinieblas  
florece su nombre—.  
Tristes discípulos  
fueron mis ojos  
que no dejaron  
acercar mi alma.

\* Casa de la Cultura, San Cristóbal Ecatepec. Estado de México.

Mi cuerpo fue a las sombras  
y entre el caos y quejidos  
tuve amores,  
mas a la luz del sol  
dije sus nombres  
y de mi boca nacieron  
aves muertas.

||

Sobre las piernas de mi madre  
caía un chal, heredero de una cascada  
de flores eternizadas,  
siempre maduras, siempre secas.  
Su rostro, tan amado,  
se me iba diluyendo en los ojos  
al tiempo que la lluvia  
deslavaba los muertos de su alma.  
La tarde hizo su parte,  
y del jardín,  
avivado por el rocío,  
nació un chirriar,  
como de huesos  
rumiados en la mente.  
¿De dónde viene ese sonido?  
murmuré, mientras la lluvia  
se perpetuaba en sus mejillas.  
—Son grillos, hijo, cantan  
para arrullar a las semillas  
recién nacidas.  
Pasando sus mortecinas manos

bajo sus párpados, salió al patio  
para volver con uno de esos bichos  
sobre su palma.

—Son ellos los que cantan, dijo,  
mientras lo colocaba a la altura  
de mi vista.

¿Y por qué llevan guadañas  
en las patas?,  
pregunté con la corrosiva  
inocencia que dan los primeros años.

Su mano se cerró  
tan lentamente,  
que tuve tiempo para aprender  
de la vida el canto y el silencio  
sin llorar como un niño,  
por el grillo, por mi madre  
o por mí.

